

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal Plaza Constitución, 13 : Villanueva y Geltrú TELÉFONO 531.	En primera plana, 0'20 pesetas línea
Un trimestre. 1'50 »	Insértese o no los escritos que se remitan a la Redacción, no se devuelven los originales	En tercera » 0'15 » »
Número suelto 0'10 »		En cuarta » 0'10 » »
Número atrasado 0'25 »		Comunicados » 0'20 » »
		Rebaja a los suscriptores y según el número de inserciones

LAS HORAS DEL TRABAJO Y EL CURSO DEL SOL

Se ha escrito mucho para justificar el adelanto o atraso del reloj, según las estaciones. Se ha escrito otro tanto para censurar la intromisión de las esferas oficiales en las esferas de los relojes. Entre lo escrito en este último sentido, nos parece de lo más acertado un artículo que firma el doctor Toulouse en la excelente revista *Le Progrés Civique*.

El retraso que al principio del invierno se ha dado a la hora molesta a todos: los que salen del trabajo echarán de menos la hora de luz que tenían en el verano para sus ocios; los madrugadores lamentarán el abandonar el lecho cuando todavía no se ve. «¿No habría medio de poner de acuerdo la conveniencia de todos?»—pregunta el doctor Toulouse.

La hora civil debe aproximarse lo más posible a la hora solar, con las que sólo coincide en las poblaciones situadas bajo el meridiano convenido. Sería, pues, de desear que se gozara todo el año de la hora astronómica. Lo que se busca es aprovechar el sol lo más posible. El ejemplo puede encontrarse en los campesinos que regulan su actividad por el curso del sol, levantándose y acostándose con el astro del día, de tal suerte que la mitad de su trabajo coincide con la revolución solar.

Hágase otro tanto en las ciudades. El doctor Toulouse pone los siguientes casos de esta norma nueva: un empleado de oficina que trabaja siete horas comparte su jornada en forma de consagrar tres

horas y media por la mañana y otras tres horas y media por la tarde a su trabajo. Reservándose dos horas para la comida, estaría en su oficina de siete y media a once de la mañana, y de una a cuatro y media de la tarde. Cualquiera que fuera la estación, gozaría regularmente de luz solar, sin necesidad de usar luz artificial. Lo mismo ocurriría, con pequeñas diferencias, con los empleados de comercio y con los obreros de las fábricas.

Habría un inconveniente: la costumbre del público de hacer vida de noche, de ir después de la comidas a hacer sus compras, a los espectáculos, etc. Pero esto es sólo cuestión de hábitos. En Alemania, en estos tiempos, los teatros empiezan sus funciones a las seis o a las siete de la tarde. Esto reporta una ventaja: que los trabajadores manuales pueden asistir así al teatro sin restar horas a su descanso cotidiano. «En definitiva—dice el autor de este notable artículo—, nosotros mismos somos los que formamos nuestras miserias. Es una costumbre viciosa, la pura rutina, lo que nos hace escindir nuestra jornada en dos periodos desiguales, de las que la más larga nos roba nuestra noche.»

La vida sana para todos sería, pues, levantarse entre cinco y seis de la mañana, y acostarse entre nueve y diez de la noche.

Como de todas las cosas razonables, es posible que nadie haga caso del excelente consejo que a todos da el doctor Toulouse.

Conferencia de Manuel Escorsa

Ante numerosísima concurrencia, desarrolló el Sr. Escorsa, su tema *Socialismo y acción sindical*. Empezó haciendo historia de la lucha de clases, que ha agitado a la humanidad desde sus tiempos más remotos, y las distintas formas que han tomado las doctrinas que condensaban en cada época las experiencias de los humildes, frente a los abusos de los poderosos.

El Cristianismo no fué otra cosa en su origen que una doctrina de emancipación, que al proclamar la igualdad de los hombres, pretendía hacer desaparecer las injusticias sociales sobre la tierra. A principios del siglo pasado estas aspiraciones tomaron una forma más concreta y Saint-Simon y otros filósofos de su época pueden ser considerados como los precusores del socialismo que no constituyó un cuerpo de doctrina, hasta que Carlos Marx, en sus es-

tudios sobre la propiedad, el capital y el trabajo, sentó sobre bases científicas, las aspiraciones del proletariado.

Bajo su impulso se constituyó la primera Internacional y al decir en el Manifiesto Comunista «trabajadores del mundo, uníos», dió la clave para su emancipación. Pero en la primera Internacional estalló pronto el cisma, entre los que seguían las inspiraciones de Marx y las tendencias anarquistas, que encarnaba Bakunine, siguiendo al primero los que preconizaban la lucha política con la económica, para apoderarse de todos los órganos de gobierno, mientras los anarquistas huían de toda política y fiaban únicamente el triunfo obrero en la acción revolucionaria y propaganda individual.

Esta división ha perdurado hasta en los presentes momentos, pues la teoría sindicalista de Sorel, quiere concretar la acción sindical a la lucha directa, cosa que los hechos han demostrado no ser posible y así vemos como en España los sindicalistas, después de haber combatido el socialismo, negando la eficacia de las cajas de resistencia, atacándolo cuando las circunstancias les conducían a parlamentar con las autoridades, fustigando su acción política, han acabado adoptando su misma táctica; y al igual que la Unión General de Trabajadores, la Confederación General del Trabajo tiene sus cajas de resistencia, auxilia a los obreros en casos de huelgas y parlamentan con las autoridades siempre que las circunstancias lo aconsejan. Ello demuestra lo injustificado de sus ataques y el absurdo de negarse a entrar en negociaciones para unificar en un solo organismo todas las fuerzas proletarias.

Dicen que introducimos la política en los sindicatos, cosa completamente errónea, pues jamás la Unión General tomó parte en ninguna lucha política, respetando las ideas de todos. Quizá podríamos nosotros con razón acusar a la Confederación General, de ser un organismo anarquista, cosa que no hacemos, a pesar de tener tales ideas casi todos sus inspiradores.

El socialismo no renuncia a la revolución como arma emancipadora, pero cree absurdo despreciar ningún medio de com-